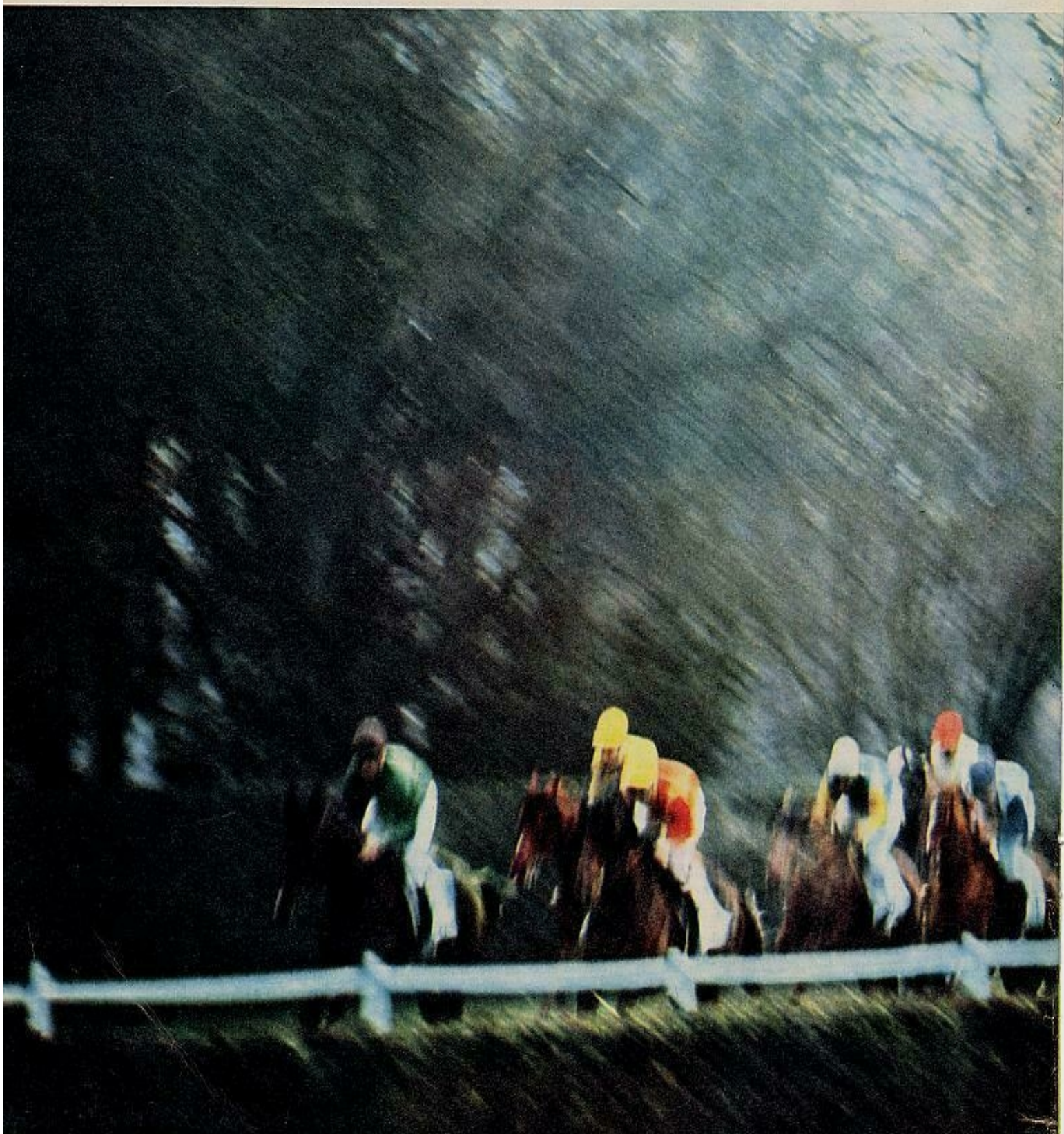


"MUCHAS OTRAS VEGES,
AQUEL AÑO Y OTROS AÑOS,
NOS FUIMOS A LAS
CARRERAS, Y EN LAS
CARRERAS HADLEY SE
DIVERTIA Y A VECES
SE ENTUSIASMABA". "LA
AFICION A LAS CARRERAS
NUNCA SE INTERPUSO
ENTRE NOSOTROS... PERO
DURANTE MUCHO
TIEMPO NOS ACOMPAÑO
COMO UN AMIGO EXIGENTE."



**Si tienes la suerte de haber
vivido en París cuando
joven, luego París te acompañará,
vayas a donde vayas, por el
resto de tu vida, ya que
París es una fiesta que nos sigue**

DE UNA CARTA DE ERNEST HEMINGWAY A UN AMIGO (1950)



SEGUNDA PARTE DE



PARIS ERA UNA FIESTA

(del libro "A MOVEABLE FEAST")

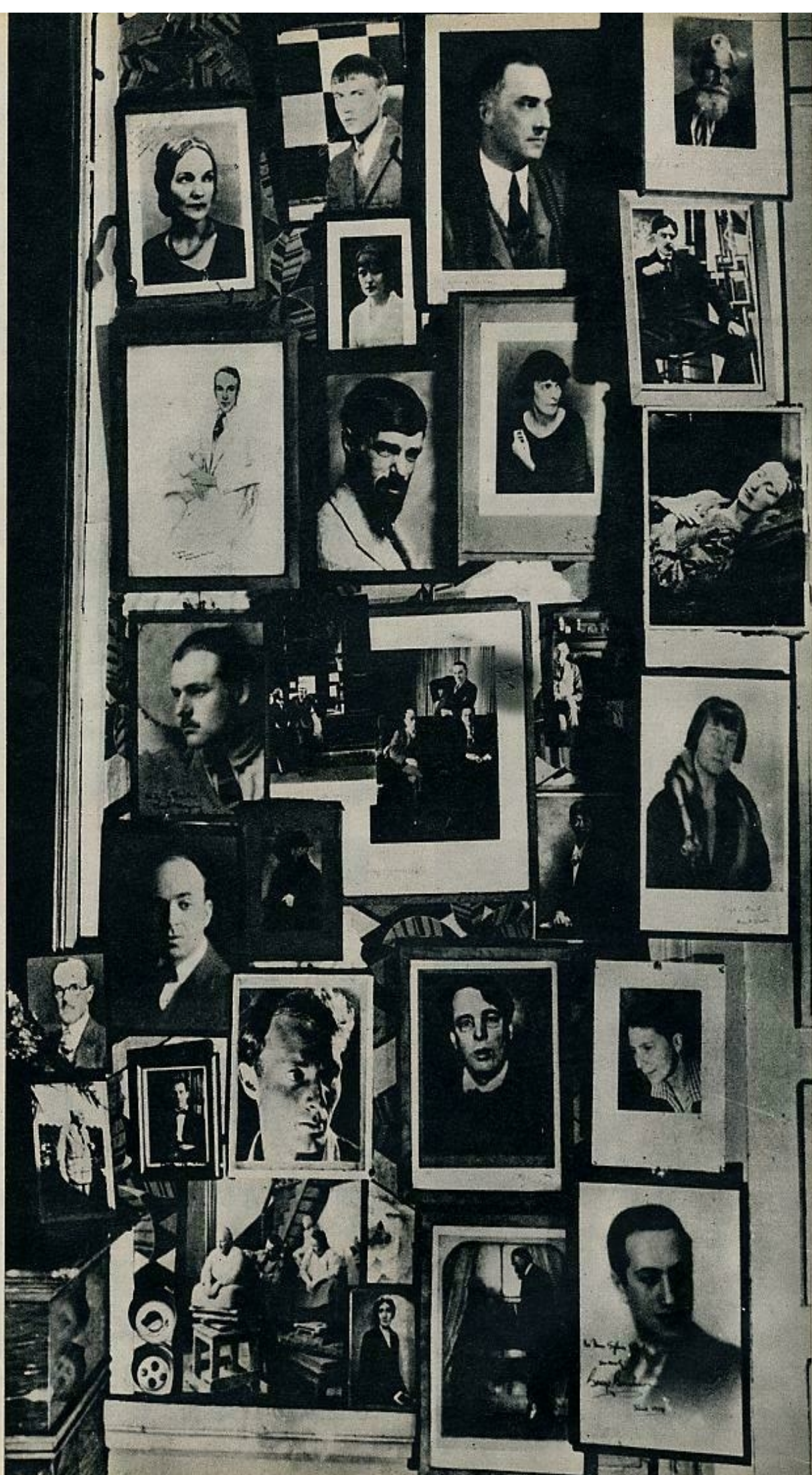
**Por Ernest
HEMINGWAY**

**Fotografías
en color
de
GORDON
PARKS**

**Fotos en negro
de
MAN RAY
y DAVID
SGHERMAN**

**Traducción
de
GABRIEL
FERRATER**

EN LA
SHAKESPEARE
AND COMPANY, LA
BIBLIOTECA
CIRCULANTE DE
SYLVIA BEACH,
SITUADA EN EL 12
DE LA RUE DE
L'ODEON,
HEMINGWAY
ENCONTRABA UN
AMBIENTE
CALDEADO Y
ALEGRE,
CON MUCHOS
LIBROS EN
LOS ESCAPARATES
Y LAS
ESTANTERÍAS,
Y EN LAS PAREDES
FOTOS DE
ESCRITORES,
TANTO MUERTOS
COMO VIVOS.
HE AQUI, EN UN
ÁNGULO DEL
LOCAL, LAS DE
KATHERINE
ANNE PORTER,
GEORGE ANTHEIL,
KATHERINE
MANSFIELD,
WILLIAM CARLOS
WILLIAMS,
ELLIS, MAC LEISH,
LAWRENCE,
WYNDHAM LEWIS,
EDITH SITWELL,
HEMINGWAY,
STEPHENS, JOYCE,
ELIOT, WEABER,
MARIANNE MOORE,
WILDER, DOS
PASSOS, ANDERSON,
DOUGLAS, MAC
ALMON, SPENDER,
YEATS,
ELLERMAN, BRYHER
Y GERTRUDE
STEIN CON EL
ESCULTOR
DAVIDSON,
VIRGINIA WOOLF,
GEORGE MOORE
Y GERSHWIN.



UNA FALSA PRIMAVERA

CUANDO llegaba la primavera, incluso si era una primavera falsa, la única cuestión era encontrar el lugar donde uno pudiera ser más feliz. Si estábamos solos, ningún día podía estropeársenos, y bastaba esquivar toda cita para que cada día se abriera sin límites. Sólo la gente ponía límites a la felicidad, salvo las poquísimas personas que eran tan buenas como la misma primavera.

En las mañanas de primavera, yo me ponía a trabajar temprano, mientras mi mujer dormía todavía. Las ventanas estaban abiertas de par en par, y el empedrado de la calle iba secándose tras la lluvia. El sol arrancaba la humedad a las fachadas de enfrente. Las tiendas estaban todavía encerradas en sus postigos. El cabrero subía por la calle al son de su flauta, y la mujer que vivía en el piso encima del nuestro bajaba a la calle con un gran jarro. El cabrero escogía una de sus cabras negras, de ubres pesadas, y la ordeñaba en el jarro, mientras el perro arrimaba las demás cabras a la acera. Las cabras miraban a su alrededor, torciendo el cuello como turistas en un panorama nuevo. El cabrero cobraba y daba las gracias a la mujer, y subía calle arriba tocando la flauta, y el perro guiaba a las cabras que meneaban los cuernos a cabezadas. Yo volvía a concentrarme en mi trabajo, mientras la mujer subía las escaleras con su jarro de leche de cabra. Iba calzada con las zapatillas de suela de fieltro, como cuando hacía la limpieza del piso, y no se oían sus pasos, pero sí su jadeo cuando se paraba en el rellano junto a nuestra puerta, y luego la puerta de su piso al cerrarse. En todo el edificio era la única vecina que compraba la leche de cabra.

Una mañana bajé a comprar un periódico de hípica. Incluso en el barrio más pobre se podía comprar el periódico especializado en las carreras de caballos, pero en días hermosos como aquél había que comprarlo temprano, antes de que se agotara. Lo encontré en la rue Descartes, en la esquina de la place Contrescarpe. El rebaño de cabras bajaba por la rue Descartes, y yo respiraba hondo mientras volvía de prisa a casa y a mi trabajo, resistiendo la tentación de la aurora y de seguir a las cabras calle abajo. Pero antes

de ponerme a trabajar de una ojeada al periódico. Había carreras en Enghien, el pequeño y bonito y deshonesto hipódromo que frecuentábamos los no profesionales.

Aquel día, pues, cuando concluí mi trabajo, nos fuimos a las carreras. Teníamos algún dinero, recién recibido del periódico de Toronto que me empleaba, y queríamos apostar si se presentaba la ocasión de una apuesta arriesgada, por un caballo no favorito. Una vez, en Auteuil, mi mujer había escogido un caballo que se llamaba «Chèvre d'Or» y que podía dar ciento veinte por uno, y el caballo llegó a tomar veinte largos de ventaja hasta que se cayó en el último salto, dando en el suelo con nuestros ahorros, de los que hubiéramos vivido seis meses. Desde entonces, nuestro empeño era olvidar aquel salto. Fue una temporada en que íbamos ganando en las apuestas, hasta que se nos cayó «Chèvre d'Or».

—¿Tenemos bastante dinero para una apuesta seria, Tatíe? —me preguntó mi mujer.

—No. No hagamos cálculos. Vamos a las carreras y gastemos el dinero que tengo en el bolsillo, y luego olvidémoslo. ¿Te gustaría más gastarlo de otro modo?

—Hombre... —dijo ella.

—Bueno, claro. Ya me doy cuenta de que andamos apurados y de que a veces soy un cerdo roñoso.

Desde luego, yo no había hecho nada por darle un poco de comodidad, y tenía que reconocer que los apuros no eran cosa de broma. A la persona que trabaja y que encuentra satisfacción en su trabajo, la pobreza no le preocupa. Los que sufren son los otros. Para mí, las bañeras y las duchas y los retretes eran cosas sin valor porque cualquier necio las tiene y, además, nosotros las teníamos también cuando salíamos de viaje, lo cual ocurría a menudo. Para el uso ordinario, siempre había los baños públicos al cabo de la calle, junto al río. Mi mujer no se quejaba nunca por cosas así, como tampoco lloriqueaba porque «Chèvre d'Or» se cayera. Sí lloró, me acuerdo, pero por el caballo y no por el dinero. Yo me puse tonto roñoso cuando ella deseaba una chaqueta de piel de cordero gris, que luego me gustó mucho cuando al fin pudo comprársela. Y en muchas otras ocasiones me puse tonto. Lo malo de

la lucha contra la pobreza es que el único modo de ganarla es no gastar. Y los que menos pueden olvidar esto son los que piensan en ahorrar en trajes para comprar cuadros. Claro que nosotros no nos veíamos clasificados en la categoría de los pobres. No queríamos aceptar la clasificación. Nos creíamos superiores, y en la clase de los ricos contábamos sólo a ciertas personas, que despreciábamos y mirábamos con justa desconfianza. Para mí era la cosa más natural llevar camisetas de lana para calentarme. Las cuestiones de elegancia eran memeces de ricos.

Nosotros comíamos bien y barato, y bebíamos bien y barato, y juntos dormíamos bien y con calor, y nos queríamos.

—No es mala idea ir a las carreras —dijo mi mujer—. Hace tanto tiempo que no vamos... Nos llevaremos de comer y una botella de vino. Voy a hacer unos buenos sandwiches.

—Iremos en tren, que es lo más barato. Pero si lo prefieres vamos a otra parte. De todos modos, hoy lo pasaremos bien en cualquier parte. Hace un día maravilloso.

—No, lo mejor es ir a las carreras.

SYLVIA BEACH, CON HEMINGWAY. ELLA TENIA UNA CARA VIVAZ DE MODELADO ANGULOSO Y UN ONDULADO PELO CASTAÑO QUE PEINABA HACIA ATRAS. NADIE OPRECIO NUNCA A HEMINGWAY "MAS BONDAD QUE ELLA".



SIGUE



"HABIA UNA FUENTE CON LEONES Y LAS PALOMAS ANDABAN POR EL EMPEDRADO Y SE POSABAN EN LAS ESTATUAS DE LOS OBISPOS..."

—Si prefieres emplear ese dinero en otra cosa...

—No —cortó con arrogancia: sus hermosos altos pómulos eran una máscara de arrogancia—. Con tanto vacilar nos estamos dando importancia.

De modo que tomamos el tren en la Gare du Nord, atravesamos la parte más sucia y más triste de la ciudad, y anduvimos desde el apeadero hasta el oasis del hipódromo. Llegamos temprano. Nos sentamos en mi gabardina, extendida encima del césped recién cortado, y comimos y bebimos la botella de vino, mirando la vieja tribuna, las taquillas de apuestas que eran de madera pintada marrón, el verde de la pista, el verde más oscuro de las vallas, el espejo sombrío de los fosos de agua con los muros bajos de piedra encalada y los postes y barras también blancos, el recinto de los establos con sus árboles de hojas nuevas, y los primeros caballos que guiaban al pesaje. Terminamos el vino y estudiamos el programa de carreras que traía el periódico, y luego mi mujer se tendió en la gabardina y se durmió, con el sol en la cara. Yo di una vuelta y encontré a un cono-

cido, uno que años atrás encontraba en el San Siro de Milán. Me recomendó dos caballos.

—Bueno, no es que sean una inversión segura —dijo—. Pero tampoco te van a salir muy caros.

Por el primer caballo apostamos la mitad del dinero que teníamos, y ganamos doce por uno: saltó con hermoso estilo, tomó el mando de la carrera corriendo por el borde exterior de la pista, y ganó por cuatro cuerpos de ventaja. Guardamos la mitad del dinero, y la otra mitad la apostamos por el segundo caballo, que arrancó muy rápido, estuvo en cabeza en todo el trecho de obstáculos, y en la recta final fue perdiendo terreno a cada salto, y las dos fustas vibraban y el favorito daba alcance a nuestro caballo, pero éste resistió y todavía cruzó en cabeza la línea de meta.

Pedimos unas copas de champaña en el bar, mientras esperábamos que anunciaran la cotización de las apuestas.

—Eso de las carreras le deja a uno agotado —dijo mi mujer—. ¿Viste cómo se le echaba encima ese otro caballo?

—Todavía me lo siento aquí en la barriga.

—¿Cuánto nos darán?

Lo cotizaban a dieciocho por uno. Pero a lo mejor en el último momento han apostado otros.

Pasaron los caballos, y el nuestro estaba empapado y dilataba las narices para resollar, mientras el jockey le daba palmadas.

—Pobrecillo —dijo mi mujer—. A nosotros nos bastó con apostar.

Los caballos se alejaron, y bebimos otra copa de champaña, y al fin salió la cifra de nuestra ganancia: 85. Quería decir que daban ochenta y cinco francos por cada diez.

—Tienen que haber apostado una enormidad de dinero por ese caballo a última hora —dije.

Pero el caso es que también nosotros ganábamos dinero, y era una suma grande para nosotros, y resultaba que, además de la primavera, había llegado el dinero. Me pareció que no podíamos desear más. Dividiendo aquel dinero en cuatro partes podíamos repartirnos la mitad entre los dos y dejar la otra mitad para capital de carreras. Yo siempre guardaba el capital de carreras secreto y separado de todo otro capital.

Otro día del mismo año, en que llegamos de vuelta de un viaje y nos fuimos a no sé qué hipódromo y volvimos a ganar, a la vuelta nos paramos en Prunier y nos sentamos a una mesa en el bar, habiendo estudiado los precios de todas las maravillas que anunciaban en la ventana. Comimos ostras y *crabe à la mexicaine*, con unas copas de Sancerre. Ya de noche, atravesamos andando las Tullerías y nos paramos a mirar el Arc du Carrousel, tras la ne-



grua de los jardines, y al fondo de toda aquella severa tiniebla se veían los faroles de la plaza de la Concordia y la larga hilera de luces alejándose hacia el Arco de Triunfo. Luego miramos la masa negra del Louvre, y dije:

—¿Crees que es verdad eso de que los tres arcos están en línea recta? ¿Estos dos y el Sermione de Milán?

—Yo qué sé, Tatic. Si lo dicen, ellos lo sabrán. ¿Te acuerdas de cuando nos asomamos al lado ita-

liano del San Bernardo, y después de aquella subida por la nieve nos encontramos en plena primavera, y tú y Chink y yo caminamos todo el día de bajada hasta Aosta, y estábamos en plena primavera?

—Chink lo tituló «la expedición al San Bernardo en zapatos de calle». ¿Te acuerdas de los zapatos que llevabas?

—Pobrecillos z a p a t o s. ¿Te acuerdas de la copa de frutas que tomamos en el café Biffi, en la

Galleria? ¿Aquel vino de Capri con melocotones y fresas silvestres, con hielo, en un jarro alto de cristal?

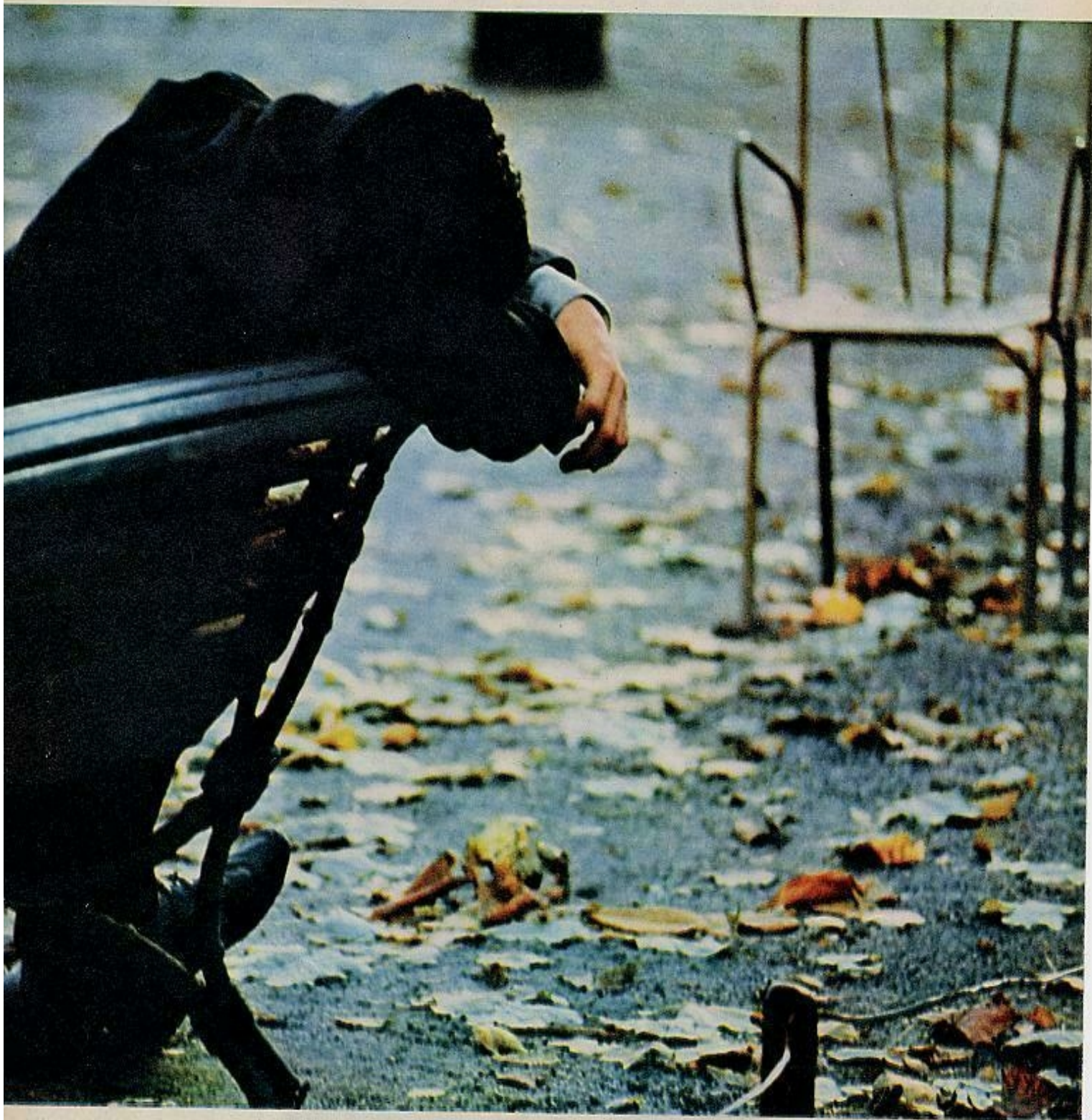
—Entonces se me ocurrió por primera vez que es muy raro eso de los tres arcos.

—Me acuerdo del Sermione. Se parece mucho a este arco.

—¿Te acuerdas de aquella posada en Aigle, aquel día en que tú y Chink os sentasteis en el jardín a leer, mientras yo pescaba?

—Claro que me acuerdo.

UNA FALSA PRIMAVERA



SIGUE

Yo recordé el Ródano, estrecho y gris y lleno de agua de nieve, que tenía a cada lado un curso de agua buena para las truchas: el Stockalper y el canal del Ródano. Aquel día, el Stockalper estaba muy límpido ya, pero el canal del Ródano seguía turbio.

—¿Te acuerdas de que los castaños estaban en flor, y de cuando yo quise contaros un chiste que a mí me parece me contó Jim Gamble, un chiste que trata de una parra, y resultó que no pude acordarme?

—Sí. Y tú y Chink no parabas de hablar sobre el modo de dar realidad a las cosas al escribir, y de captarlas con toda su verdad, pero sin descripciones. Me acuerdo de todo lo que decíais. A veces tenía razón él y a veces la tenías tú. Me acuerdo de todos los matices de luz que observabais, y de todas las calidades de la materia y de todas las formas, y de lo que discutíais.

Seguimos andando y salimos del jardín por la puerta que da al Louvre, y cruzamos la calle y seguimos por el puente, y luego nos paramos para acodarnos en el pretil de piedra y mirar abajo, al río.

—Los tres discutíamos a propósito de cualquier cosa, siempre de cosas concretas, y siempre nos tomábamos el pelo unos a otros —dijo Hadley—. Me acuerdo de todo lo que hicimos y de todo lo que dijimos en todos los días de aquel viaje. Te lo juro. De todo. En una conversación entre tú y Chink, yo tomaba parte. No era como ser una esposa invitada en casa de miss Stein.

—Lo que yo quisiera recordar es el chiste de la parra.

—No vale la pena. Las parras tienen importancia, pero no los chistes.

—¿Te acuerdas de que compré vino en Aigle y lo llevamos al chalet? Nos lo vendieron en la posada. Dijeron que era un vino bueno con las truchas. Nos lo llevamos envuelto en hojas de *La gazette de Lucerne*, me parece.

—El vino de Sion era mejor. ¿Te acuerdas de que madame Gangeswisch nos preparó las truchas *au bleu* en el chalet? Las truchas que pescaste eran estupendas, y bebimos vino de Sion, y comimos en la terraza mirando a la pendiente de la ladera. Al otro lado del lago se veía el Dent du Midi con nieve hasta media ladera, y los árboles en la boca del Ródano, donde el río se mete en el lago.

—En invierno y en primavera, siempre echamos de menos a Chink.

—Siempre. Yo le echo mucho de menos ahora que está tan lejos.

Chink era un oficial de carrera que, al salir de Sandhurst, fue enviado a Mons. Yo le conocí en Italia, y durante muchos años fue nuestro mejor amigo, mío primero y luego de los dos. Cuando tenía un permiso se reunía con nosotros.

—Procurará conseguir un permiso esta primavera. La semana pasada escribí de Colonia.

—Ya lo sé. Tenemos que vivir en el presente, no perdernos ni un minuto sin gozarlo.

—En el momento presente sólo vemos el agua que da en los sillares del puente. Levantemos la mirada, a ver qué encontramos.

Miramos, y allí estaba todo: nuestro río y nuestra ciudad y la isla de nuestra ciudad.

—Tenemos demasiada suerte —dijo ella—. Me da miedo. Me gustará que venga Chink. El es nuestro protector.

—Si se lo dices, se enfadará.

—Claro.

—El piensa que es nuestro compañero de exploración.

—Lo es. Pero no todos exploramos lo mismo.

Dejamos el puente y alcanzamos nuestra ribera.

—¿Tienes hambre otra vez? —dije—. Tanto hablar y tanto andar...

—Desde luego que tengo hambre. ¿Tú no?

—Vamos a un restorán de primera, y cenemos bien de verdad.

—Escoge.

—¿Michaud?

—Sí que es de primera, y está a un paso.

Tomamos, pues, por la rue des Saints-Pères hasta la esquina de la rue Jacob, parándonos a mirar

HADLEY HEMINGWAY. "SI ESTABAMOS SOLOS, NINGUN DIA PODIA ESTROPEARSE, Y BASTABA ESQUIVAR TODA CITA PARA QUE CADA DIA SE ABRIERA SIN LIMITES"



los escaparates de cuadros y de muebles. Antes de entrar en Michaud, leímos la carta enmarcada junto a la puerta. Estaba lleno de gente, y nos quedamos fuera en espera de que alguien se marchara, acechando las mesas donde ya tomaban el café.

El paseo nos había puesto hambrientos, y para nosotros comer en un sitio caro como Michaud era una aventura llena de alegría. Allí estaba Joyce cenando con su familia. El y su esposa se sentaban de espaldas a la pared, y Joyce examinaba la carta a través de sus gruesos lentes, acercándosela a la cara; a su lado se sentaba Nora, que comía con apetito, pero sólo estaba finos; Giorgio era delgado, cuidaba mucho su aspecto, y su nuca se veía muy bien peinada; Lucía tenía una gran cabellera rizada, y era una muchacha no del todo desarrollada todavía. Hablaban en italiano.

Mientras esperábamos de pie, me pregunté si lo que habíamos sentido en el puente era sólo hambre. Le planteé la duda a mi mujer y me contestó:

—Yo qué sé, Tatie. Hay tantas clases de hambre... En primavera vienen todavía más hambres. Pero ahora ya ha pasado. Ponerse a recordar, eso sí que es una especie de hambre.

Yo me estaba poniendo tonto, pero me salvé al mirar adentro y ver dos «tornados» que un camarero servía, y darme cuenta de que tenía un hambre de la especie más sencilla.

—Hoy dijiste que tenemos suerte. Claro que la tenemos. Pero no olvides que un experto nos aconsejó.

Ella se echó a reír.

—No pensaba en las carreras. Qué muchacho, que lo toma todo al pie de la letra. Pensaba en otra clase de suerte.

—Me parece que a Chink no le interesan los caballos —dije, elevando mi estupidez al cubo.

—No. Le interesarían si los montara él.

—¿Querrás volver alguna vez a las carreras?

—Claro que sí. Pero ahora podemos ir adonde nos dé la gana.

—¿De verdad te gustará volver?

—Claro. ¿No te gusta a ti?

Cuando, al fin, conseguimos entrar en Michaud, cenamos estupendamente. Pero al terminar y quedarnos vacíos de hambre, aquella sensación que en el puente nos había parecido hambre seguía acuciándonos, y la sentíamos todavía cuando tomamos el autobús de vuelta a casa. La sentíamos al en-

trar en el cuarto, y después de meternos en la cama y hacer el amor a oscuras, la sensación estaba allí. Cuando me desperté y miré la ventana abierta y vi la luz de la luna en los tejados de las altas casas, allí estaba la sensación. Escondí la cara entre sombras rehuendo la luna, pero no pude dormirme y seguí dándole vueltas a aquella emoción. Los dos nos despertamos dos veces aquella noche, pero al fin mi mujer durmió con dulzura, con la luz de la luna en su cara. Yo quería pensar en

todo aquello, pero estaba atontado. Tan sencilla que me había parecido la vida aquella mañana, cuando me desperté y vi la falsa primavera, y oí la flauta del hombre de las cabras, y salí a comprar el periódico de caballos.

Pero París era una muy vieja ciudad y nosotros éramos jóvenes, y allí nada era sencillo, ni siquiera el ser pobre, ni el dinero ganado de pronto, ni la luz de la luna, ni el bien, ni el mal, ni la respiración de una persona tendida a mi lado bajo la luz de la luna.

EL FIN DE UNA AFICION

MUCHAS otras veces, aquel año y otros años, nos fuimos a las carreras cuando yo había estado trabajando a primera hora de la mañana, y en las carreras Hadley se divertía y a veces se entusiasmaba. Pero no era como subir por un prado de alta montaña, más arriba del último bosque, ni como el andar de noche de vuelta al chalet, ni como subir con Chink, nuestro mejor amigo, hasta un puerto tras el cual se abría un nuevo país. Y en realidad, aquello no era siquiera afición a las carreras de caballos. No era más que apostar por algún caballo. Pero nosotros lo llamábamos ir a las carreras.

La afición a las carreras nunca se interpuso entre nosotros. Sólo una persona era capaz de tanto. Pero, durante mucho tiempo, la afición nos acompañó como un amigo exigente. Eso, claro, jugándola con benevolencia. Yo, que juzgaba con tanta ferocidad a las personas y a su capacidad destructiva, toleraba a aquel amigo que, como podía hacernos favores, era el más mentiroso, el más hermoso, el más seductor, perverso y absorbente. Para extraer su beneficio y obtener provecho, había que dedicarle todo el tiempo, y a mí el tiempo no me sobraba. Pero encontré una excusa para tratarle en el hecho de que a veces escribía sobre él. De todos modos, al final, cuando perdí mis manuscritos, sólo quedó un cuento tratando de las carreras de caballos, gracias a que el día antes lo mandé por correo.

Fui acostumbrándome a ir solo a las carreras, y cada vez me obsesionaban más y me hacían perder más tiempo. Aquella tempora-

da, en cuanto podía, me dedicaba a seguir las carreras en dos hipódromos, el de Auteuil y el de Enghien. Para apostar sobre la base del historial y la calidad real de cada caballo, había que trabajar todo el día, y al fin resultaba que el procedimiento no daba dinero. Tanto cálculo no cuadraba más que en teoría. Por otra parte, no había más que comprar un periódico y allí estaban los cálculos hechos.

Para tener posibilidad de ganar había que mirar todas las carreras desde lo más alto de las tribunas de Auteuil, corriendo para llegar allí antes de que dieran la salida, y luego fijarse en lo que hacía cada caballo, y observar con atención el caballo que tal vez hubiera podido ganar pero no ganaba, y descubrir por qué y cómo diablos el caballo no había hecho lo que debiera. Uno tenía que seguir el juego de las apuestas y todos los movimientos de la cotización cada vez que iba a tomar la salida un caballo por el que uno se interesaba, y luego aprender a la perfección el modo de correr del caballo, y finalmente distinguir los síntomas de que su propietario iba a exigirle el máximo rendimiento. Siempre podía ocurrir que un caballo perdiera incluso dando su máximo; pero por lo menos uno sabía entonces el límite de sus posibilidades. Todo aquello no era un trabajo fácil, pero en Auteuil era hermoso ver las carreras día tras día, a condición de no perderse ninguna carrera honesta con buenos caballos, hasta que al fin uno conocía a la perfección el hipódromo y todos sus aspectos. Y lo que ocu-

rría al fin, era que uno se entregaba con demasiadas gentes, con jockeys y con entrenadores y con propietarios, y con demasiados caballos y demasiados objetos.

En principio, yo sólo apostaba por un caballo en el que tenía fe, y el caso es que a veces encontré caballos en los que nadie creía salvo los hombres que los entrenaban y los montaban, y aposté por ellos y me ganaron carrera tras carrera. Al fin lo dejé porque me robaba demasiado tiempo y demasiada energía, y vi que tenía la cabeza llena de las cosas que ocurrían en Enghien, sin contar los hipódromos de carreras sin obstáculos.

Cuando dejé de tomar las carreras como un trabajo serio, me quedé satisfecho pero con una sensación de vacío. Por entonces, ya había descubierto que todo, lo bueno y lo malo, deja un vacío cuando se interrumpe. Pero sí se trata de algo malo, el vacío va llenándose por sí solo. Mientras que el vacío de algo bueno sólo puede llenarse descubriendo algo mejor. Incorporé el capital de apuestas al fondo de gastos generales, y me sentí descansado y virtuoso.

El día en que dejé las carreras pasé a la otra ribera y encontré a mi amigo Mike Ward trabajando en la oficina de viajes del Guaranty Trust, que estaba entonces en la esquina de la rue des Italiens con el Boulevard des Italiens. Ingresé en el Banco el capital de apuestas, pero no lo dije a nadie. Ni siquiera lo añadí al saldo de mi cuenta en el talonario, pero lo guardé en la memoria.



VALERY LARBAUD.
"USTED LE TIENE SIMPATIA, ESTOY SEGURA", LE DIJO A HEMINGWAY SYLVIA BEACH.

—¿Quieres que comamos juntos? —pregunté a Mike.

—Claro que sí, niño. Claro que quiero. ¿Pero qué le pasa hoy al niño? ¿No vas hoy a las carreras?

—No.

Comimos en el square Louvois, en un «bistro» sencillo muy bueno, y nos dieron un vino blanco de maravilla. Al otro lado del square estaba la Bibliothèque Nationale.

—Tú nunca fuiste muy aficionado a las carreras —dije a Mike.

—No. Hace mucho tiempo que no voy.

—¿Por qué lo dejaste?

—No sé —contestó Mike—.

Bueno, sí que lo sé. Desde luego que lo sé. Una cosa en la que tienes que apostar para divertirse no merece la pena.

—¿No vas nunca, nunca?

—A veces, para una carrera grande. Una con caballos de primera.

Ibamos comiendo rebanadas del buen pan del bistro, con «pâté» encima, y bebiendo el vinillo blanco.

—¿Tuviste mucha afición? —pregunté.

—Mucha.

—¿Has descubierto algo más divertido?

—Las carreras de bicicletas.

—No me digas.

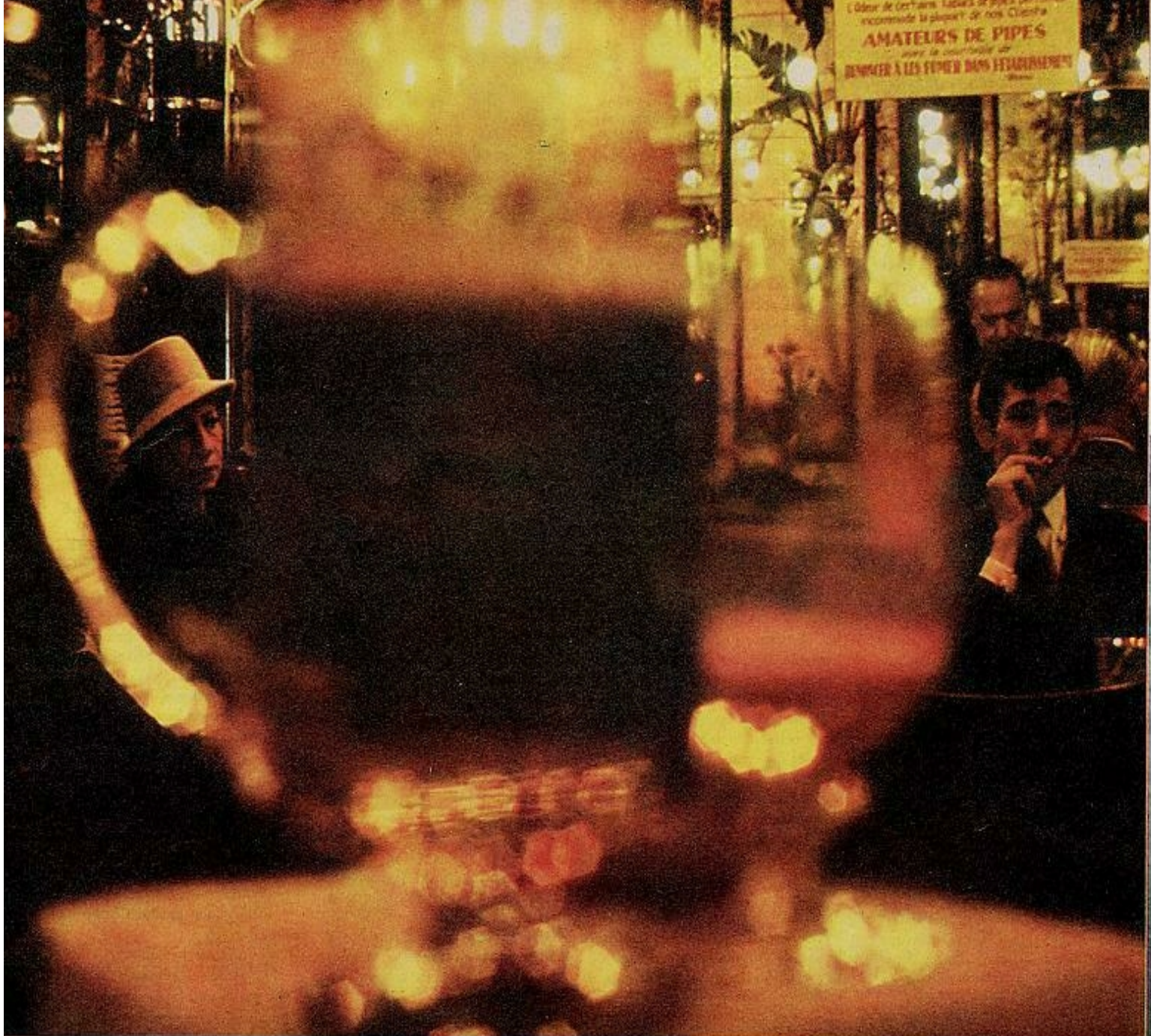
—Uno se divierte sin necesidad de apostar. Ya verás.

—Los caballos llevan demasiado tiempo.

—Demasiado. Se comen todo el tiempo. Y no me gusta la gente que anda alrededor.

—A mí llegó a interesarme mucho.

SIGUE



"CAMINE APRISA HASTA LIPP. HABIA POCA GENTE EN LA "BRASSERIE" Y CUANDO ESTUVE SENTADO EN LA BANQUETA, CON LA MESA ANTE MI, EL CAMARERO ME PREGUNTO SI QUERIA CERVEZA..."

—Lo comprendo. ¿Saldas con ganancia?

—Gané bastante.

—Buen momento para pararte, pues.

—Es lo que he hecho.

—Se hace difícil parar. Oye, niño, lo que vamos a hacer algún día es ir a las carreras de bicicletas.

El ciclismo resultó una cosa nueva y muy divertida, y como no sabía nada de aquello, la novedad me fascinaba. Pero tomamos en seguida la afición. Llegó más tarde, y al fin ocupó un puesto importante en nuestra vida, algún tiempo después, cuando todo lo del primer período en París se nos vino al suelo.

Pero, por un tiempo, nos bastó

con quedarnos en nuestro barrio y no tener que atravesar París para ir a los hipódromos, y con apostar sólo por nuestra vida y nuestro trabajo y por los pintores amigos, y no basar la vida en un juego de azar disfrazado con otros nombres. He empezado muchas veces a escribir un cuento sobre carreras de bicicletas, pero nunca me ha salido ninguno que fuera tan bueno como son las carreras, las de velódromo cubierto o al aire libre tanto como las de carretera. Pero algún día lograré meter en unas páginas el Velódrome d'Hiver con su luz que atravesaba capas y capas de humo, con la pista de madera y sus empinados virajes, y el zumbido de los tubulares sobre la madera

cuando pasaban los ciclistas, y el esfuerzo y las tácticas y los corredores desviándose arriba o abajo en la pista, convertidos en una parte de sus máquinas. Lograré meter la impresión fantástica del medio fondo, el ruido de las motos de los entrenadores con sus rodillos, y los entrenadores con sus pesados cascos y sus teatrales trajes de cuero, que se inclinaban hacia atrás para proteger a los ciclistas de la resistencia del aire, y los ciclistas con sus cascos ligeros que se pegaban a los manillares, sus piernas que hacían girar a gran velocidad los pedales, y las pequeñas ruedas delanteras se pegaban al rodillo de la moto tras la cual se abrigaba el ciclista, y los duelos en, que se

alcanzaba el colmo de la excitación, con el petardeo de las motos y con los ciclistas corriendo codo a codo y rueda a rueda, arriba por el peralte y lanzándose abajo y dando vueltas a una velocidad como para matarse, y de pronto un hombre que no podía sostener la velocidad y se despegaba de la moto, y se le veía chocar brutalmente contra la sólida muralla de aire de la que hasta entonces había estado separado.

Había tantas clases de carreras. Los sprints por eliminatorias hasta llegar a la carrera final, en los que los dos corredores retenían durante largos segundos su velocidad, cada cual esperando que el otro guiara el sprint y así obtener un abrigo inicial, y luego



de caucho unido a un término que llevaba debajo del jersey, y así cobraba fuerzas para el terrible arranque de velocidad de sus fines de carrera. Había los campeonatos de Francia tras moto, en la pista de cemento de seiscientos sesenta metros del Parc-des-Princes, en Auteuil, cerca del hipódromo, que era la pista más peligrosa de todas, y allí vimos un día caer al gran corredor Ganay, y oímos cómo se le aplastaba el cráneo dentro del casco, tal como uno aplasta un huevo duro

contra una piedra, en una merienda en el campo, para quitar la cáscara. Tengo que escribir sobre el extraño mundo de las carreras de seis días y las maravillas de las carreras por carretera en la alta montaña. El francés es la única lengua en que se ha escrito bien sobre esto y los términos son todos franceses, y por eso es difícil escribir en otra lengua. Mike tenía toda la razón, uno no necesita apostar. Pero todo eso pertenece a otra época de nuestra vida en París.

A partir de aquella plaza, era imposible seguir andando hasta el río sin pasar frente a tiendas que ofrecían frutas o legumbres o vinos, y frente a panaderías y confiterías. Pero, meditando cuidadosamente el itinerario, se podía dar la vuelta a mano derecha de la iglesia de piedra gris y blanca hasta llegar a la rue de l'Odéon, y doblar también a la derecha hacia la librería de Sylvia Beach, y eran pocas las tiendas de comestibles que había en el camino. En la rue de l'Odéon no había ningún lugar donde comer, a no ser que uno siguiera hasta la plaza, donde había tres restaurantes.

Cuando al fin alcanzaba el número 12 de la rue de l'Odéon, mi hambre estaba reprimida, pero mis sentidos se habían puesto de nuevo en receptividad exacerbada. Las fotos de la librería parecían diferentes, y me fijaba en libros que siempre me habían pasado inadvertidos.

—Oh, Hemingway, qué delgado está usted —decía Sylvia—. ¿Ya come lo suficiente?

—Claro que sí.

—¿Qué almorzó usted hoy?

Se me revolvía el estómago, y contestaba:

EL HAMBRE ERA UNA BUENA DISCIPLINA

Sl uno vive en París y no come bastante, les aseguro que el hambre pega fuerte, ya que todas las panaderías presentan cosas tan buenas en los escaparates, y la gente come al aire libre, en mesas puestas en la acera frente a los restaurantes, y uno ve y huele la buena comida. Y si uno había renunciado al periodismo, y estaba escribiendo cosas por las que nadie en América daba un real, y si al salir de casa uno decía que le habían invitado a comer pero no era verdad, el mejor sitio para matar las horas de la comida era el jardín del Luxemburgo, porque uno no veía ni olía nada de comer en todo el trayecto desde la plaza de l'Observatoire hasta la rue de Vaugirard. Y siempre podía uno entrar en el museo del Luxemburgo, y los cuadros se afilaban y aclaraban y se volvían más hermosos cuando uno los miraba con el vientre vacío y con la ligereza que da el hambre. Teniendo hambre, llegué a entender mucho mejor a Cézanne y a su modo de componer paisajes. Muchas veces me pregunté si él tenía también hambre cuando pintaba, pero me dije que si lo tenía era seguramente porque se le había olvidado la hora de la comida. Una de esas ideas indocumentadas pero sugestivas que a uno se le ocurren cuando tiene sueño o hambre. Más tarde, pensé que Cézanne debía estar hambriento, pero de otra clase de hambre.

Al salir del Luxemburgo, uno podía bajar por la estrecha rue Férou hasta la place Saint-Sulpice, y tampoco se encontraba ningún restorán, y estaba tranquila la plaza, con sus árboles y sus bancos. Había una fuente con leones, y las palomas andaban por

el empedrado y se posaban en las estatuas de los obispos. Estaba la iglesia, y en el lado norte de la plaza había tiendas que vendían objetos de arte religioso y vestimentas sacerdotales.



las vueltas a medio paso hasta la zambullida final en la fascinadora pureza de la velocidad. Había los programas de carreras a la americana, con sus series de sprints que llenaban la tarde. Había las hazañas de velocidad absoluta, cuando un hombre corría solitario durante una hora contra el reloj, y había las terriblemente peligrosas y hermosas carreras de cien kilómetros en los grandes peraltes de madera de la pista de quinientos metros del Stade Buffalo, el velódromo al aire libre en Montrouge donde se hacían las carreras tras moto. Estaba Linard, el gran campeón belga a quien llamaban el Sioux por su perfil, que agachaba la cabeza para sorber aguardiente caliente por un tubo

EL HAMBRE ERA UNA BUENA DISCIPLINA

—Ahora voy a casa, a almorzar.

—¿A las tres de la tarde?

—¿Son ya las tres? Se me pasó el tiempo sin fijarme.

—Adrienne decía el otro día que quiere invitarlos a cenar a usted y a Hadley. Invitaremos también a Fargue. A usted le es simpático Fargue, ¿verdad? O a Larbaud. Usted le tiene simpatía, estoy segura. O a cualquiera por quien usted sienta verdadera simpatía. ¿No olvidará decirselo a Hadley?

—Ella tendrá mucho gusto en ir.

—Les mandaré un «pneu». No trabaje usted tanto como para olvidarse de las comidas.

—No lo haré.

—Y ahora vaya a su casa, que se quedará sin comer.

—Me guardarán la comida.

—No tiene que comer frío. Le conviene una buena comida caliente.

—¿Ha recibido correo para mí?

—Me parece que no. Pero voy a mirar.

Miró, y encontró un papel con una nota y puso cara de satisfacción, y abrió con llave un cajón de su mesa.

—Llegó esto cuando yo no estaba —dijo.

Era una carta y tenía todo el aspecto de contener dinero.

—Wedderkop —añadió Sylvia.

—Debe ser del «Querschnitt». ¿Vio usted a Wedderkop?

—No. Pero vino cuando estaba George, y dejó esto. Ya hablará con usted, no se preocupe. Debí pensar que lo mejor era pagar primero.

—Aquí hay seiscientos francos. Dice que seguirán otros pagos.

—Qué suerte que usted me hiciera mirar si había algo. Mi querido Señor Buena Suerte.

—Lo que menos comprendo es eso de que Alemania sea el único país donde consigo colocar mis cosas. En el «Querschnitt» y en la «Frankfurter Zeitung».

—Sí que es curioso. Pero no se preocupe. Además no es verdad. Siempre le puede colocar un cuento a Ford, para la «Transatlantic Review» —bromeó Sylvia.

—A treinta francos por página. Pongamos que coloque un cuento cada tres meses en la «Transatlantic». Un cuento de cinco páginas, resulta a ciento cincuenta francos cada trimestre. Seiscientos francos al año.

—Pero hombre, Hemingway, no piense en lo que sus cuentos rin-

den ahora. Lo importante es que usted es capaz de escribirlos.

—Ya sé. Desde luego que soy capaz de escribirlos. Pero nadie quiere comprarlos. No he ganado ningún dinero desde que dejé el periodismo.

—Sus cuentos se venderán. Ya ve que ahora mismo ha recibido dinero por uno.

—Perdóneme, Sylvia. Perdona que hable de estas cosas.

—¿Qué hay que perdonar? Usted puede siempre hablarme, de esto o de cualquier otra cosa. ¿No sabe usted que los escritores nunca hablan más que de sus propios apuros? Pero prométame que no se preocupará, y que comerá lo suficiente.

—Se lo prometo.

—Bueno, vaya a su casa, pues, y almuerce.

Salí a la rue de l'Odéon descontento conmigo mismo, por haberme quejado de mis apuros. Hacía lo que hacía por mi propia voluntad, y luego lo hacía de un modo estúpido. Aquel día hubiera debido comprarme un pan, y comerlo en vez de quedarme sin almuerzo. Al pensarlo, sentía en la boca el sabor de la corteza tostada. Pero la boca se queda seca, con pan y sin nada que beber. Maldito quejicoso. Puerco de falso santo y mártir, me dije a mí mismo. Dejas el periodismo porque lo has decidido. Tienes crédito, y sabes que Sylvia te prestaría dinero. Y además ya te lo ha prestado, y muchas veces. Y después de los sablazos, irás sflojando en otras cosas. Puedes ir diciendo que el hambre es una maravilla, y que los cuadros parecen mejores cuando uno está hambriento. Pero comer es otra maravilla. ¿Y sabes dónde vas a comer ahora?

Vas a comer en Lipp. Comer y beber.

Caminé aprisa hasta Lipp, y todos los objetos que mi estómago percibía con tanta rapidez como mis ojos o mi nariz hacían más agradable el corto paseo. Había poca gente en la «brasserie», y cuando estuve sentado en la banqueta, con el espejo a mi espalda y una mesa ante mí, el camarero me preguntó si quería cerveza. Pedí un «distingué», que era una gran jarra de cristal con un litro de cerveza, y una ensalada de patatas.

La cerveza estaba muy fría, y era un gusto beberla. Las «pom-



"...Y AL FONDO DE TODA AQUELLA SEVERA TINIEBLA SE VEIAN LOS FAROLES DE LA PLAZA DE LA CONCORDIA Y LA LARGA HILERA DE LUCES ALEJANDOSE HACIA EL ARCO DEL TRIUNFO..."

mes à l'huile» eran de pulpa firme, marinadas en un delicioso aceite de oliva. Las sazoné con pimienta, y las comí con pan mojado en el aceite. Después de beber el primer largo trago de cerveza, seguí bebiendo y comiendo muy despacio. Terminadas las «pommes à l'huile», pedí otra ración y un «cervelas», o sea una salchicha parecida a las de Frankfurt pero muy grande, cortada en dos mitades y cubierta con una salsa especial, a base de mostaza.

Rebañé con pan todo el aceite y toda la salsa, y bebí la cerveza despacio hasta que empezó a entibiarse. Cuando la terminé pedí un «demi», y observé cómo llenaban el vaso de la espita del barril. Me pareció más frío todavía que el «distingué», y bebí la mitad del vaso.

No podía decirse que yo estuviera preocupándome, pensé. Yo sabía que mis cuentos eran buenos, y al fin iban a publicarse en América. Cuando dejé de trabajar para periódicos, tenía la plena seguridad de que mis cuentos iban a publicarse. Pero todos los editores a quienes los mandé me devolvieron el manuscrito. Mi confianza había surgido cuando Ed-

ward O'Brien me tomó el cuento «My Old Man» para su antología anual de relatos cortos, y además me dedicó el volumen de aquel año. Recordándolo, me reí y bebí otro sorbo de cerveza. Mi cuento no había aparecido en revista, y O'Brien tuvo que violar todas sus normas para incluirlo en su tomo. Volví a reír, y el camarero me miró de reojo. Lo divertido del caso es que, al fin, O'Brien había escrito mal mi nombre. El cuento que escogió era uno de los dos que me quedaron cuando todos mis manuscritos se perdieron. A Hadley le robaron la maleta en la Gare de Lyon, cuando iba a Lausanne y se llevaba todos mis manuscritos por darme una buena sorpresa, para que yo pudiera trabajar en mis cosas en las montañas donde íbamos a pasar unas vacaciones. Hadley se llevó los manuscritos originales y los puestos en limpio a máquina y las copias al papel carbón, todo muy bien ordenado en carpetas de cartulina. Uno de los dos cuentos se salvó porque Lincoln Steffens lo había mandado al director de un periódico, y me lo devolvieron. Viajaba en el correo cuando me robaron lo demás. El otro cuento

salvado era el que se titulaba «Up in Michigan», que acababa de escribir el día en que Miss Stein nos visitó. Como ella dijo que el relato era «inacrobático», nunca llegué a pasarlo a máquina. Se quedó en un cajón a trasmano.

Después de la estancia en Lausanne, pues, pasamos a Italia, y un día mostré el cuento que trataba de las carreras de caballos a O'Brien, un hombre amable y tímido, pálido, con ojos azul claro y un pelo liso y lacio que se cortaba él mismo, que entonces estaba en pensión en un monasterio cerca de Rapallo. Yo pasaba por una mala época y creía que nunca más volvería a ser capaz de escribir, y le mostré el cuento a O'Brien como una curiosidad, en un impulso como el que uno tiene cuando enseña, neciamente, la bitácora de un barco que ha perdido en un inverosímil naufragio, o cuando exhibe la bota y hace un chiste sobre el pie que tuvieron que amputarle de resultas de un accidente. Luego, cuando O'Brien leyó el cuento, vi que le dolía más que a mí. Yo nunca había visto que nadie sufriera nada que no fuera una muerte o un dolor físico insoportable, excepto a Hadley cuando me dijo que le habían robado los manuscritos. Mi mujer lloraba y lloraba sin parar, y no se atrevía a decirme lo ocurrido. Yo le dije que por muy grave que fuera el desastre, no podía valer la pena de tanto llanto, y que dejara de preocuparse, que fuera lo que fuera ya se arreglaría. Entre los dos lo arreglábamos. Al fin me lo dijo. Aunque ella me lo aseguró no pude creer que se hubiera llevado también las copias al papel carbón. Entonces yo ganaba buen dinero de los periódicos. Pagué a un compañero para que hiciera mi reportaje, y tomé el tren para París. Sí que era verdad, y me acuerdo demasiado bien de lo que hice en la noche después de mi llegada al piso y de comprobar que era verdad. Pero cuando estábamos en Italia, todo aquello había quedado atrás, según Chink me había enseñado a no hacer nunca comentarios sobre las bajas de un combate; de modo que le dije a O'Brien que no se lo tomara tan a pecho. Probablemente me iba a resultar beneficiosa la pérdida de mis trabajos de aprendiz, y en fin, le serví la clase de majaderías con que se levanta el ánimo de una tropa. Dije que iba a ponerme en seguida a escribir otros cuentos. Y en el momento en que lo dije,

creyendo que era sólo una mentira para que se animara, me di cuenta de que iba a ser verdad.

Sentado allí en Lipp, seguí pensando y recordé el primer cuento que logré escribir después de la pérdida de mis manuscritos. Fue en Cortina d'Ampezzo, a donde había vuelto a reunirme con Hadley, después de una temporada de ski en primavera, interrumpida para ir a hacer un reportaje a Renania y al Ruhr. Era un cuento muy sencillo titulado «Out of Season», en el cual omití el verdadero final, que era que el viejo protagonista se ahorcaba. Lo omití basándome en mi recién estrenada teoría de que uno puede omitir cualquier parte de un relato a condición de saber muy bien lo que uno omite, y de que la parte omitida comunica más fuerza al relato, y le da al lector la sensación de que hay más de lo que se le ha dicho.

Bueno, pensé, así me salen los cuentos ahora, que nadie los entiende. Si algo hay seguro, es esto. El hecho cierto es que no hay ninguna demanda por mis cuentos. Pero un día llegarán a entenderlos, como pasa siempre con la pintura. Sólo hace falta tiempo, y sólo hace falta confianza.

Hay que tomar un cuidado muy particular de uno mismo en las épocas en que uno tiene que reducir la comida, para que el pensamiento no sea sólo un pensamiento de hambriento. El hambre es una buena disciplina, y enseña mucho. Y mientras la gente no entiende lo que uno escribe, uno está más adelantado que ellos. Lo que ocurre es eso, pensé, que estoy tan adelantado que no me alcanza el dinero para comer con regularidad. No sería mala cosa si esos que van detrás se acercaran un poco.

Me di cuenta de que tenía que escribir una novela. Pero parecía imposible conseguirlo, precisamente cuando, esforzándome con gran dificultad, había aspirado a meter en un sólo párrafo el destilado de todo lo que sale en una novela. Tenía que ponerme a escribir cuentos más extensos, y a entrenarme para una carrera de larga distancia. Cuando escribí mi única novela anterior, perdida también con la maleta que me robaron en la Gare de Lyon, yo tenía todavía la facultad lírica de la adolescencia, tan perecedera y engañosa como la propia juventud. Yo sabía que probablemente era una suerte haber perdido aquella novela, pero sabía también que tenía que escribir otra.

De todos modos, iba a retrasarlo cuanto pudiera, hasta que no hubiera otro remedio. Y antes matarme que escribir una novela porque era el medio de comer con regularidad. Cuando tuviera que escribirla, sería porque no podía hacer otra cosa ni me quedaba otra elección. De momento había que dejar que subiera la presión en la caldera. Entre tanto, escribiría un cuento largo sobre un asunto que conociera bien.

Al llegar a este punto, ya había pagado la nota y dejado la cervecería, y tomé por la derecha y crucé la rue de Rennes, para no entrar en los Deux Magots a tomar café. Andando por la rue Bonaparte, me fui a casa por el camino más corto.

¿Cuál era el tema que yo conocía mejor, y que no había tratado todavía en alguno de los manuscritos perdidos? ¿Qué conocía yo mejor, y qué tenía para mí más importancia? Sobre este punto no había la duda. La única duda que había era la del camino que había que escoger para llegar lo más pronto posible al lugar de trabajo. Aquel día, el camino más corto llevaba de la rue Bonaparte a la rue Guynemer, y luego a la rue d'Assas, y, finalmente, subía por la rue Nôtre-Dame-des-Champs hasta la Closerie des Lilas.

Me senté en una esquina mientras la luz del atardecer entraba pasando por encima de mi hombro, y me puse a escribir en mi libreta. El camarero me trajo un «café-crème», del que bebí la mitad cuando estuvo frío, y olvidé el resto en la mesa. Cuando terminé de escribir, no quería alejarme de mi río, dejar de mirar las truchas en el remanso y la superficie del agua henchida y lisa, que batía la resistencia del puente de madera. El tema del cuento era la vuelta de la guerra, pero a la guerra no se la mencionaba nunca.

Sin embargo, a la mañana siguiente, el río volvería a estar ante mí, y yo tendría que construir el río y los campos y todo lo que tenía que ocurrir en el relato. Se abriría una serie de días que aquel trabajo llenaría enteramente. Era lo único que importaba. En mi bolsillo estaba el dinero recibido de Alemania, de modo que no había apuro. Cuando aquel dinero se terminase, llegaría otro.

Lo único que yo tenía que hacer era conservar mi cabeza en buena forma, hasta que, a la mañana siguiente, me pusiera otra vez a trabajar.

COPYRIGHT HEMINGWAY
LTD-SEIX BARRAL
Y "TRIUNFO", 1964

EN
EL PROXIMO
NUMERO
tercera
y última parte
de
**"PARIS ERA
UNA FIESTA"**

Por Ernest
HEMINGWAY